

OWEN, J. (2013). *Chavs. La demonización de la clase obrera*. Madrid: Capitán Swing.

Este es el primer libro de Owen Jones; comentarista, escritor y activista ligado a la izquierda política. Nacido en Sheffield el 8 de agosto de 1984, obtuvo su graduación en Historia en 2005 por la Universidad de Oxford, para, más tarde, especializarse con un Máster en relación a la política neoconservadora estadounidense (2007). Ha trabajado en el Parlamento como investigador en temas controvertidos, tales como las libertades civiles y los derechos de los trabajadores. Además, habitualmente, escribe para *The Guardian*, *The Independent* y la revista política *New Statesman*. Tras la publicación de “*Chavs*” en junio de 2011, aumentó su popularidad, siendo el libro de carácter político más vendido; el *New York Times* le adjudicó un puesto dentro de su lista Top 10, y en su país el *Daily Telegraph* le reconoció como uno de los personajes con más influencia del momento. Asimismo, en septiembre de 2011, los lectores del blog *Left Foot Forward* le eligieron como el intelectual más destacado de la izquierda. Actualmente trabaja en lo que será su segundo libro, relacionado con el *stablishment* británico.

A través de sus nueve capítulos Jones persigue dos objetivos; primero, dar cuenta del desprecio general que sufre la clase trabajadora (en oposición a la clase media). Lejos de ser un fenómeno aislado, su argumentación parte de que los prejuicios de clase se han hecho más fuertes gracias a la manipulación mediática y política como al tipo de políticas implantadas desde que Thatcher apareció en el poder. No es cuestión de poner en un altar a la clase trabajadora, sino de criticar lo injusto de muchas situaciones que padece el colectivo, y denunciar la falta de responsabilidad por parte de sus dirigentes: su estudio se centra en desvelar lo oculto tras todo el fenómeno *chav*. Una vez conseguido lo primero, se plantea lo segundo: escribir un libro que pueda ser leído a pesar de no poseer ningún tipo de conocimiento académico; su interés principal es que llegue al mayor número de personas posible y que no quede reducido a una minoría académica.

Lo más característico de su obra sea probablemente su estilo; su investigación recurre a todo tipo de fuentes, en la que cada una aporta algo distintivo y por ello no hay aportación o dato que prevalezca sobre el resto. Esto incide también en la forma que ha adoptado el desarrollo de su tesis; el primer capítulo aborda el impacto que tuvo el secuestro de Madeleine McCann (2007) y Shannon Matthews (2008), de clase media y trabajadora respectivamente, donde recoge la mayor parte de la problemática que estudia, aunque no es hasta llegado el final, cuando se consigue una visión de conjunto; cada capítulo se complementa y se enlaza sin apenas notar el cambio.

En esta reseña se hará un intento de aproximación a un enfoque de carácter posestructuralista. El análisis se dirige a contemplar la psicologización de los discursos como dispositivo de disciplina; el efecto producido en las prácticas. Este libro recoge múltiples temas. Uno, es el componente que presentan las sociedades occidentales actuales: el aumento en la brecha de desigualdad. El caso inglés es

paradigmático en este aspecto, dado el calado que tuvo la corriente neoliberal en el espacio político así como en la estructura y composición de su sector productivo (típico del periodo keynesiano-fordista). El neoliberalismo (individualismo y egoísmo como premisas) junto a los preceptos de rentabilidad y flexibilidad de la economía financiarizada incorporan unas prácticas que se extienden más allá del ámbito laboral y permea la esfera privada de los actores: una empresarialización de la vida, donde los costes deben ser asumidos por los propios sujetos; el caso británico muestra que no todos disponen (ni pueden obtener) el mismo “volumen de capitales” para triunfar...

Los *tories* siempre han defendido sus intereses y privilegios de clase recompensando a la clase media y evitando que la clase obrera tuviera poder suficiente como para tomar las riendas. Pero esto cambió; el periodo de postguerra trajo el Estado de bienestar y los laboristas del Gobierno de Attlee pusieron a la clase trabajadora en el centro de sus políticas: Seguridad Social, sindicatos fuertes... De este modo sus derechos y necesidades fueron reconocidos. Pero su dignidad y el orgullo de pertenencia como colectivo no duraría mucho; la crisis económica de la década de los setenta permitió a los *tories* poner en marcha las ideas de Milton Friedman: Keith Joseph perdió pero Thatcher (su protegida) ganó; ya nada volvería a ser como antes.

Con Thatcher en el poder, el discurso neoliberal tomó fuerza y todas sus medidas apuntaron a la destrucción de todo aquello que significara acción colectiva. Lo que importaba eran los individuos con aspiraciones; el esfuerzo como forma de obtener ganancias y destacar por encima de todo. La pobreza (y los “males sociales” derivados de ella) no existía: las personas eran las únicas responsables de su situación. La liberalización del mercado y la destrucción del poder sindical (junto al desmantelamiento del sector manufacturero) cedieron a la clase trabajadora algo más que desempleo: la disolución de su identidad y cultura. Con el auge de la propiedad privada, el precio de la vivienda se encareció. Asimismo se dejó de construir viviendas protegidas y en los barrios de protección oficial, comenzó a ser visible tanto las desigualdades como el incremento de la gente sin hogar. Será en los ochenta cuando estos barrios comiencen a ser demonizados. El aumento de la drogadicción y la violencia en estos sectores se arreglaron con la “Ley de Justicia Criminal” (1986). La subclase estaba a falta de disciplina.

Los laboristas terminaron por ceder ante las políticas conservadoras. La poca representación que tenían desapareció, y las bases iniciales del partido también. “*La nueva Gran Bretaña es una meritocracia*” (2013:120), reveló Tony Blair cuando, en 1997, obtuvo la presidencia; la “Inglaterra media” se vería ensalzada y recompensada, mientras que “los parásitos del Estado de bienestar”, “los desadaptados y ociosos” y “la chusma a las puertas” presentaban graves problemas de actitud. Las ASBO’s (órdenes de arresto por comportamiento antisocial) se encargarían de la seguridad de los británicos. Aumentaron los encarcelamientos (aun habiendo disminuido la cuantía de delitos) y se inculcó entre la población el estereotipo de que los jóvenes de clase trabajadora eran peligrosos. Además la generosidad del Estado tenía que terminar: las reformas del Estado de bienestar

elaboradas por James Purnell, aparte de acrecentar la desigualdad y no resolver la cuestión social, dieron carta blanca a los *tories* (cuando llegaron al poder en 2010), para tomar medidas más drásticas. Hay que proteger a la clase media de la “Gran Bretaña rota” (concepto que sintetiza la cosmovisión de Cameron acerca de la desfavorecida clase trabajadora: un hecho particular se exagera y se hace característico de toda la comunidad, culpándose a las deficiencias del carácter). Las ideas del norteamericano Charles Murray se hallan en el centro de estas políticas. A los estereotipos *chav* anteriores, se suman la promiscuidad y el vicio de la “nueva chusma” (nuevas medidas, complicaron más la situación de las madres solteras). Se trataba de casos perdidos a los que hay que alejar del feliz resto de la sociedad británica porque no tienen solución. La “recesión social”, a la que alude Cameron, no es digna de la Gran Bretaña del siglo XXI.

¿Y qué hay de los *mass media*? Atrás quedó la primera serie que hizo visible el estilo de vida de la clase trabajadora: *Coronation Street* (1960). Enmarcada dentro del género “el realismo del Norte” y aunque no fuera del todo representativa, el trato era indulgente. Fue a partir de los ochenta cuando el desprecio hacia este colectivo comienza a materializarse en los medios (los primeros “*protochavs*” nacen, en 1990, con el cómico Harry Enfield: Wayne y Waynetta Slob, necios e indecorosos que viven de las prestaciones). Pero la crueldad y deslegitimización se mostrarán con la consolidación del “fenómeno *chav*”: “*La subclase de palurdos británicos que está invadiendo nuestros pueblos y ciudades*” (*ibíd.*: 138), primera entrada de la web “*ChavScum*” (escoria *chav*), página creada en 2003, donde los usuarios rivalizan con sus burlas y comentarios (actualmente se llama “*ChavTowns*”, y sus autores han publicado: “*Chav: guía de uso de la nueva clase dirigente británica*”, a modo de detectar fácilmente “[...] a un *chav* en la espesura”). Periódicos, televisión, cine... se suman a la parodia recreando toda la retórica. En especial la televisión colabora con lo que Jones denomina “entretenimiento *chav*”: además de hacer reír también aporta desconfianza y miedo. Pero si los valores loables son los que pertenecen a la clase media, y los *chavs* solo son residuos de lo que antaño fuera la clase trabajadora decente; ¿implica que ya no existe tal denominación?

La nueva clase trabajadora es la que lidera el sector servicios y los puestos en la administración pública (exceptuando altos cargos). Trabajos mal pagados, en continua precarización y en los que tanto hombres como mujeres se encuentran sometidos a altos niveles de presión y maltrato psicológico. La sindicación es reducida, y la heterogeneidad y dispersión del conjunto de empleados dificulta la organización y el consenso de los mismos. Además se añade la influencia de las multinacionales y el impacto de la externalización, que genera la competitividad en la disminución de salarios, agudizando más las consecuencias y empujando tanto a inmigrantes como autóctonos a trabajar en condiciones de explotación decimonónicas. En suma, factores que refuerzan la inestabilidad, fragmentan la vida personal o familiar y no permiten alcanzar unas expectativas de vida adecuadas (muchos recurren a las prestaciones como complemento al escaso sueldo que perciben). En 2009, un informe de la Fundación para una Nueva Economía (NEF)

demonstró que el valor social de muchos trabajos generaba más capital que aplicando el mismo modelo a los grandes de la *City* u otros sectores profesionales. Jones tacha de obsceno el hecho flagrante del desigual reparto de la riqueza. Mientras que la clase trabajadora se las tiene que ingeniar para sobrevivir, el grupo de los más ricos, aparte de aumentar sus ganancias, practican la evasión fiscal: Richard Murphy, perito mercantil, estima que esta práctica cuesta al erario público 70 billones de libras anuales (setenta veces más que el cálculo estimado para el fraude en las prestaciones). Por otro lado, y contrariamente a los discursos dominantes de que la clase no existe ni influye en las expectativas de la población británica, el sistema educativo deja claro que solo las clases favorecidas pueden entrar en él y obtener algún beneficio. Con la destrucción thatcherista de las comunidades industriales y la política posterior, se ha vedado el circuito para la inmensa mayoría de los jóvenes de clase trabajadora. Su contexto torna incierto y desolador.

¿Qué le queda a la “Gran Bretaña rota”? Un combinado de paro, precariedad, desahucios y falta de viviendas acorde con sus ingresos. La pobreza torna endémica, lo que provoca más violencia, inseguridad y drogadicción. El malestar y la impotencia en estas comunidades son utilizados por el BNP (partido de extrema derecha, que juega con la desafección política y explota los prejuicios racistas), lo que contribuye a fomentar el odio hacia el colectivo inmigrante y crear nuevas divisiones y culpas.

Jones concluye con la necesidad de recuperar el concepto de “clase” en la política británica, redefinir “aspiración”. Esto es, que la izquierda vuelva a tener (entre otras medidas) el factor trabajo en el centro de sus políticas adaptadas al siglo XXI, tomando en cuenta a todo el colectivo de trabajadores para evitar las consecuencias negativas del discurso que apela a la identidad racial. Pero la responsabilidad no solo viene de la mano británica. Jones cree necesario un consenso con los trabajadores de India y China para frenar la competición en el descenso de los sueldos. En suma, lo que propone es un contrapeso para que los y las “chavs” dejen de ser el espectáculo de la descarada victoria “*de los ricos que, libres ya del desafío de los de abajo, ahora los señalan y se ríen de ellos*” (*ibid.*: 320).

Como bien ha documentado Jones en el caso británico, las transformaciones experimentadas en el mundo laboral a partir de la década de los setenta marcaron un antes y un después en la forma de concebir el factor trabajo: la inclusión del proceso de financiarización en las economías occidentales es considerado como el detonante de las mutaciones dentro del mercado laboral estructurado con arreglo al modelo keynesiano-fordista. No obstante, dadas las distintas configuraciones político-económicas de los Estados, sus distintas estructuras sociales y el papel que representan dentro del marco global, no todas presentan (ni en forma ni en grado) los signos y consecuencias derivados de la evolución de este tercer espíritu del capitalismo. De hecho, esta complejidad se hace visible a la hora de tratar de encontrar unas clasificaciones o categorías pertinentes para dar cuenta de las dimensiones y desafíos a los que tienen que enfrentarse el colectivo de trabajadores más perjudicados por la cara negativa de la creatividad de este capitalismo financiarizado: el aumento de empleos de mala calidad, concentrados sobre todo en

lo que se conoce como sector terciario. La heterogeneidad laboral, recogida en los análisis realizados desde el ámbito académico y sindical, refleja la disparidad en las composiciones de los respectivos mercados de trabajo, así como de sus relaciones laborales. Ejemplos de estas categorías son *bad jobs*, *cheap labor*, *travail non qualifié* o precariado (de carácter más reivindicativo), entre muchas otras.

Para entender la demonización de la clase obrera británica hay que atender a dos factores: primero el auge de los esquemas de visión de la empresa neo-liberal en el marco laboral así como también los mecanismos o dispositivos que lo sustentan, y segundo, los discursos políticos y las representaciones mediáticas en torno a unos intereses corporativos en términos de clase que difieren y se distinguen de la nueva clase trabajadora. Para dar respuesta al primer punto (y en términos muy generales) puede argumentarse que los responsables de romper con el carácter pre-visible y estandarizado de la gestión fordista son los agentes que forman parte de los mercados financieros, cuyas acciones o prácticas llevan implícitas sus reglas de juego: el imperativo de rentabilidad. Con esta premisa las empresas son presionadas por los accionistas y el objetivo de maximización financiera, produce, por un lado, que el salario sea la variable susceptible de ajuste en detrimento del factor trabajo, de otro, la adaptación de las empresas a través de ajustes de plantillas, ERES, fusiones, externalización, etc. Así comienza a hablarse de eficiencia, competitividad o flexibilización, términos que dan cuenta de la lógica financiera y que se encuentran en total oposición con lo que implicaba los cuadros de mando de la empresa fordista. Surgen así nuevas formas de entender la relación laboral y nuevos perfiles de lo que se prescribe como el empleado o empleada competente: en la literatura del nuevo *management* (exceptuando el género crítico) se hallan todas las prescripciones, justificaciones y legitimidad de la visión de empresa neoliberal, discursos que buscan el disciplinamiento e interiorización de las prácticas de todos aquellos “efectivos” susceptibles de ser empleados, a través de la gestión emocional. Estos discursos actúan como mecanismos de control y sometimiento, naturalizando e incorporando la lógica de empresa al mismo individuo provocando que los vínculos sean frágiles (la acción colectiva se dificulta, como también se ve vulnerada la identidad individual; el proceso de individualización es otro mecanismo añadido que también interviene en los “desafíos” a los que se tiene que hacer frente). Toda la gama de empleos precarios comparten alguna o varias de las condiciones de lo que Cingolani denomina *dispositivo precario* (bajo el miedo del despido o de obtener el sueldo, los empleados se ven presionados para asumir la responsabilización de las circunstancias, demostrando la sumisión y su disponibilidad a la empresa). El libro presenta diversas muestras de ello: dimensiones como la jerarquía sádica, las malas condiciones laborales (bajos salarios, turnos irregulares, jornadas extenuantes, etc.), o la demanda de implicación subjetiva (característica de los puestos que impliquen un trato directo con el público), donde estos efectos se potencian, en especial en el sector relacionado con los cuidados, por carecer de reconocimiento profesional. Al ser considerado como algo inherente a las mujeres es naturalizado (al igual que el trabajo doméstico la remuneración económica es nula), aunque cuando el mercado lidera este sector, la

interacción se instrumentaliza y el empleo se vuelve duro y desagradable: apenas se exige formación y dadas las características de este (falta de regulación laboral, salarios arbitrarios), suele recaer en mujeres inmigrantes.

En segundo lugar, se plantea la pregunta: ¿tiene un origen la estigmatización de la cultura e identidad de la clase trabajadora británica, o por el contrario es una invención? Plantearlo en términos de origen pre-supone que el fenómeno *chav* ya estaba inscripto de alguna forma en la sociedad británica; enfocado como invención, da cuenta de las estrategias políticas y discursivas que han hecho posible la producción de verdad en torno al estigma *chav*. Así las cosas, la lógica thatcherista, mercantilista y radicalmente individualista logró dos cosas que sentarían las bases para la generación y posterior desarrollo de la demonización de las clases populares. Por un lado, anuló su capacidad de representación política como clase para sí, apropiándose (y destruyendo la solidez) del capital simbólico que habían logrado adquirir en lo que Ken Loach documentó como “*el espíritu del 45*”; de otro eliminó la noción de clase en el imaginario y legitimó el orden meritocrático del ideal de “aspiración”. Con esto desplazó la responsabilidad política e institucional de los relatos oficiales hacia el espacio moral y psicológico de los individuos: la pobreza, el desempleo o la exclusión ya no serán una cuestión social sino que serán el problema (por tanto la responsabilidad) del mismo individuo. Esta economía moral ha ido reforzándose gracias a los gobiernos posteriores, que han continuado con la doxa psicologizante al mismo tiempo que las medidas neoliberales han ido en aumento (potenciando su efecto al iniciarse la crisis de 2008), justificando el debilitamiento del Estado de bienestar en materia de protecciones sociales, y aumentando medidas de carácter punitivo y coercitivo, en aras de proteger a esa Gran Bretaña media respetable de la “chusma salvaje e ingobernable” que no aprende la lección. Pero la acción política no actúa sola. Las representaciones son materializadas y objetivadas gracias a los “expertos” que aportan con su conocimiento (*think tanks*), periodistas que buscan las noticias más escabrosas para dar testimonio de lo que acontece (con el añadido de las manipulaciones mediáticas en otros sectores que han contribuido a re-presentar a la clase trabajadora de manera negativa así como jugar diferenciando con la raza, provocando enfrentamientos entre el mismo colectivo de clase), *reality shows* que hacen de la distinción un espectáculo, y un largo etc., que contribuyen a establecer un sentido común y una industria cultural clasista.

En suma, el fenómeno *chav* establece la frontera entre el espacio social donde los individuos se re-conocen (un *percipi* en el sentido de Bourdieu) frente aquellos a los que se ha privado de existencia (al carecer de representación política y social). Puntos de visión y di-visión que pre-disponen y articulan unas prácticas en relación a unos valores razonables (los de la clase media), producidas y autorizadas desde las élites político-mediáticas, que permiten naturalizar y normalizar un orden social en base a los intereses de clase de una minoría. Por consiguiente, la estigmatización de la cultura e identidad de las personas que forman la clase trabajadora forma otro dispositivo de disciplina (desde un prisma foucaultiano; unido a todo el aparato de mecanismos anteriores: una política de la verdad en forma de tecnología) que

responde a la necesidad de mantener el apoyo y la aceptación del *statu quo* instaurado por parte de los individuos que viven conforme a los recursos derivados de su origen de clase: ¿cómo empatizar con personas que han dejado de ser por no tener? *Chavs* da cuenta de lo dividida que se encuentra la sociedad británica; la crueldad e indolencia a la que se puede llegar en una sociedad que dista mucho de lo que Castel denominó como sociedad de semejantes. Jones logró su propósito. Un libro sencillo, directo, dinámico y de excepcional sensibilidad. No deja indiferente.

Marisol Redondo Herrero
Universidad Complutense de Madrid
mredon01@ucm.es